



“Ante este espectáculo de la España deprimida, arrinconada, inerme; ante un orden social y económico que veía cómo aumentaba el número de hambrientos, de los famélicos, de los miserables, nosotros abrimos los ojos y encontramos que nuestros contemporáneos se hallaban divididos en dos bandos, que llamaremos derechas e izquierda...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 387 (2ª Época). Diciembre 2024

1. **¡Todos somos racistas!.** *Manuel Parra Celaya*
2. **21-N, el día siguiente.** *Carlos León Roch*
3. **Ser falangista es lo que hoy se lleva.** *Víctor Lenore*
4. **El pleito de Malagón.** *Fernando Valbuena*
5. **José Antonio y la reconciliación.** *Antonio Rivero Taravillo*
6. **¿Fascismo a la española?** *José Ignacio Moreno Gómez*
7. **José Antonio y Franco.** *Rafael Sánchez Saus*
8. **Las verdades ocultas de Paracuellos.** *Pedro Corral*
9. **La gesta de las escuadrillas de la División Azul sobre el cielo más rojo.**
María Fidalgo Casares
10. **Madre España.** *Miguel Hernández*

El Ayuntamiento de Barcelona ha engalanado las farolas de la ciudad con carteles de una campaña “en contra del racismo” y a favor de la “diversidad”; las consignas municipales son pegadizas y pretenden sin duda reeducar y reconvertir al ciudadano, si es que se da la circunstancia de que este transpira discriminación y segregacionismo por todos los poros de su cuerpo. Por supuesto, no se trata de una iniciativa exclusivamente local, sino que forma parte de un mensaje institucional del Estado, que se propone, beatíficamente, curarnos a los españoles de un supuesto racismo extendido por todos los puntos cardinales de la Península, islas y ciudades más allá del Estrecho.

Las pruebas de esta malsana tendencia racista son concluyentes: basta que tres o cuatro energúmenos futboleros insulten a jugadores negros, claro que con la misma



estúpida pasión con que se meten con las madres de los árbitros (¿qué culpa tendrán las buenas señoras de los aciertos de sus hijos?) para que los medios, al unísono, desarrollen la teoría del racismo omnipresente; o basta con que alguien pronuncie la palabra “moro” para que sus contertulios lo señalen con el dedo acusador (sin saber, claro, que la palabra no es ningún insulto, sino que procede de “mauro”, es decir, de Mauritania).

El colmo de la ridiculez políticamente correcta se dio en la misma Barcelona de mis pecados, en tiempos de la impresentable señora Ada Colau, cuando se editó un librito que también pretendía “educar” al ciudadano; en ese panfleto, se proscribía decir “voy a comprar al paki” o “esta noche cenaremos en un chino”, pues todo ello era, al parecer, de lo más ofensivo.

Pues bien, según este humilde articulista, los españoles no somos en absoluto racistas, ni discriminadores, ni segregacionistas, ni nada por el estilo, aunque nos quejemos de la inmigración descontrolada y de los porcentajes de reos de origen diverso en las cárceles; habrá excepciones, claro está, algunas de ellas enmarcadas en ese curioso antijudaísmo de que hace gala la extrema izquierda, a juzgar por las pintadas que uno ha leído (“muerte a Israel”, “judíos asesinos”, etc.etc.).

He dicho que el español no es racista y lo sostengo; y no voy a invocar las Leyes de Indias ni el Mestizaje, que nos quedan un poco lejos, ni acudir al curioso

neologismo del caletre de Giménez Caballero (“España nunca ha sido racista, sino todo lo contrario: raceadora”). Me apoyo en mi propia experiencia, y perdonen los lectores esta incursión en la nostalgia de juventud: campamento de la OJE de Covaleda, 1965; entre los mil y pico acampados figuraban los de las llamadas entonces provincias africanas, negros y moros; cuando íbamos los cristianos a la capilla, ellos tendían sus mantas en el suelo, en dirección a Oriente, y rezaban sus oraciones; luego, formábamos todos ante las mismas banderas de una Patria común. Jamás oí ningún comentario despreciativo, compartíamos las mismas actividades en un clima de sana camaradería; eso sí, cuando en el desayuno se incluía el rico jalugo soriano, algunos nos apresurábamos a cambiárselos por galletas...

Pero volvamos al presente y descubramos cuál es el fundamento de las campañas institucionales acusadoras: son una estrategia de la Ideología woke que asola Occidente y se propone como un dogma oficial que no admite crítica ni controversia; en el caso que nos ocupa, de la “Critical Race Theory”, CTR en siglas, o, traducida, Teoría Crítica de la Raza, que, lejos de rechazar u obviar planteamientos racistas, los convierte en motor de su lucha, porque, según sus planteamientos ideológicos, “todos los blancos son necesariamente racistas” (Racismo Sistémico); es decir, un nuevo racismo, pero invertido. Como dice el profesor Jean-François Braunstein, con respecto a esta ideología, “un buen antirracista es aquel que juzga a otros en función del color de su piel”, y átenme estas moscas por el rabo.

Si algún blanco se intenta defender de la acusación de racista, es señal de que lo es, y nadie se escapa de esta condición. En realidad, la CRT es un ariete más que los wolkistas utilizan para dinamitar todo asomo de cultura europea; este y otros recursos semejantes forman parte del frente de la interseccionalidad, que se apoya en todas las supuestas minorías discriminadas (cada día son más, por cierto) para formar una ofensiva común. La izquierda que se considera extrema hace causa común, estúpidamente, con estos planteamientos, en lugar de cumplir un papel decisivo para defensa del trabajador, sea del color de piel que sea.

En consecuencia, un servidor pasará de largo ante la cansina propaganda del Ayuntamiento barcelonés y de campañas institucionales del mismo jaez; recordaré siempre con agrado a mis camaradas saharauis y guineanos del verano en Covaleda, y, como evocación algo más reciente, de mi larga etapa docente, a un alumno de COU -con el que cultivé buena amistad- que un día se levantó indignado en el aula porque algún compañero le había calificado de color, para reivindicar con orgullo su negritud y, al mismo tiempo, su españolidad.

2

21-N, el día siguiente

Carlos León Roch

No, no se trata de un error de fechas. Se trata del “día siguiente”, del año siguiente, de la generación siguiente al 20N, esa terrible e imborrable fecha que ha marcado a millones de españoles, y aún nos marca.

Y es que los joseantonianos de hoy –muchos *también* falangistas- recibimos una estética de ritos funerarios, con arrebatadoras elegías a los Caídos, a las antorchas y al amanecer.

Algunos continuamos esos entrañables ritos de nuestra juventud y nuestra vejez. Así, en mi ciudad (Cartagena), a las seis de la mañana, como siempre, 35 inasequibles al desaliento participamos en la Misa en sufragio del alma de José Antonio, el “Presente”, el “Ausente” y, ya en la calle, leímos el Testamento y cantamos el “Cara al Sol”, como venimos haciendo, generación tras generación, desde 1939.



Pero el 21, el día siguiente, los que anteponen el “ser falangistas” al entrañable e irrenunciable “ser joseantonianos” estamos convocados a una nueva propuesta de vida para nuestra España y nuestros españoles, cantando a aquella España “alegre y faldicorta” que soñaba José Antonio.

Y para esa convocatoria contamos con muchos. En primer plano contamos con maravillosos poetas, de entonces y de ahora porque seguimos amando a esa “España que no nos gusta”, y grandes pensadores que –entonces y ahora- desarrollan la doctrina, apenas insinuada en aquellos escuetos tres años de vida pública de J.A.

Ya estamos en “Ese día después”. Acudamos a él.

3

Ser falangista es lo que hoy se lleva

Víctor Lenore para La razón

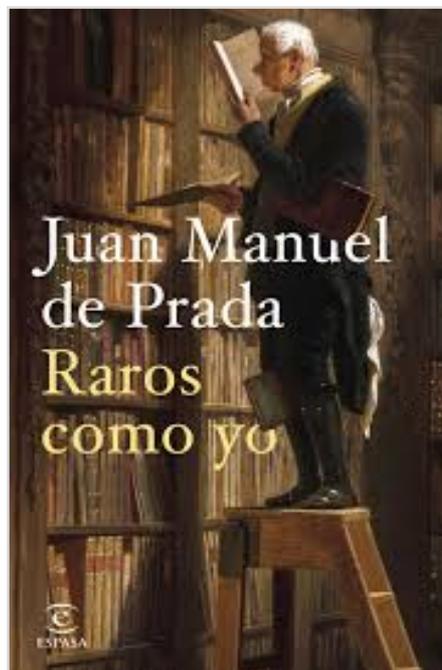
Hay pasajes de la Historia de España que se resisten a morir. Pensemos, por ejemplo, en el discurso nacional-popular de Falange, que en plano político es un espacio muerto pero en el cultural sigue más vivo que nunca. Lo demuestra «Mil ojos tiene la noche» (2024, Destino), la novela de Juan Manuel de Prada que ha recibido elogios desde los frentes más diversos. El protagonista es Fernando Navales, joseantoniano radical, que se quedó prendado del histórico discurso de 1933 en el

Teatro de la Comedia de Madrid. Esta nueva entrega, secuela del clásico «Las máscaras del héroe» (1996, Valdemar), nos lleva al París ocupado por los nazis y cuenta cómo casi todos los intelectuales españoles exiliados colaboran en las actividades culturales de Falange, en parte por miedo pero también por sentirse un poco más cerca del país que abandonaron.

El retorno cultural del falangismo implica un rechazo radical al mundo posmoderno, dominado por el dinero y vaciado de la grandeza que muchos esperan de la vida. Cuando los tanques nazis entran en París, primera escena del libro, el narrador destaca que los soldados muestran «impasible el ademán», más impassible incluso que en el famoso verso del «Cara al sol», pero también se alimenta la sospecha de que las exhibiciones de fuerza de Hitler no son sino compensación del complejo de inferioridad que siente Alemania respecto a los países del sur de Europa. «Tanto de la cultura francesa, como del refinamiento italiano y de la bravura española», explica la periodista Bel Carrasco en una afilada reseña de la novela.

De Prada también reivindica el falangismo cultural en otro libro reciente, «Raros como yo» (2023, Espasa), donde ensalza la prosa de escritores como Ricardo de la Serna, Juan Antonio Zunzunegui y Rafael García Serrano, injustamente infravalorados. «La democracia, tan perdonadora de todo bicho viviente con tal de que cerdease un poco, no lo perdonó nunca», lamenta respecto al último. Seguramente esto es lo que resulta atractivo a algunos jóvenes actuales: el hecho de que el sistema nunca consiguió asimilar del todo a Falange.

Luego está Andrés Trapiello, que ya va por el tercer libro sobre el atentado de 1945 contra la subdelegación de Falange en Cuatro Caminos. Ahora edita «Me piden que regrese» (2024, Destino), novela romántica enmarcada en el Madrid de los años cuarenta, donde se habla de amor porque en el ensayo anterior ya había explicado los detalles sórdidos, como que el Partido Comunista pagaba a sus sicarios mil pesetas por enemigo muerto. Trapiello no está especialmente interesado en Falange, pero se planta frente a la lógica censora de nuestro sistema cultural, que durante décadas acalló a cualquiera que alabase a un escritor falangista. «Creo que la beatería de izquierdas no es peor ni mejor que la de derechas. Es la misma. Hace diez o doce años, en España podía uno haber editado a Unamuno, a Jiménez Fraud, a María Zambrano, a Ramón Gaya o a Gutiérrez Solana, pero como se te ocurriera editar las obras literarias de Sánchez Mazas o publicar un artículo sobre Agustín de Foxá, ibas aviado. Si te acercabas a ellos, siempre había un demente, medio catedrático medio comisario



político, que te quería colgar a ti el sambenito de fascista», lamentaba en Infolibre en 2018.

El regreso cultural de falangismo no es solo cosa de señores mayores. Ana Iris Simón, en su libro superventas de memorias, «Feria» (2020, Círculo de Tiza), se atrevió a citar a Ramiro Ledesma Ramos, fundador de las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista), alabando que tratase de «requijotizar España». Cristina Morales, premio Nacional de Literatura, consiguió vender como apología de las protestas del 15-M un librito titulado «Los combatientes» (2013, Caballo de Troya), que en realidad contenía amplios pasajes del «Discurso a las juventudes de España» (1954), de Ledesma Ramos.

Elizabeth Duval escribió «Madrid será la tumba» (2021, Lengua de Trapo), donde narra las luchas entre una casa okupa neocomunista y otra neofalangista. La importancia de Falange la entienden incluso los redactores de revistas fashion como SModa, Playground y similares, que colocaron una portada con el yugo y las flechas para el ensayo colectivo «Neorrancios: sobre los peligros de la nostalgia» (2022, Península), centrado en despellejar a Ana Iris Simón, un intento de linchamiento que pasó con más pena que gloria.

Uno de los debates culturales más interesantes que se han planteado este año surge del grupo militante Juventud Combativa, que animaba a rescatar a Miguel Hernández del secuestro progresista. Su acción fue repartir unos carteles con la cara del poeta bajo el lema «Joven-Patriota-Radical». Ahora que la izquierda no sabe decir «España», o no quiere o le da miedo, recordemos que Hernández fue defendido en su cautiverio por el editor falangista José María de Cossío, mientras otros falangistas como Rafael Sánchez Mazas y Dionisio Ridruejo intercedieron a través del general Enrique Varela para intentar que Franco le conmutase la pena de muerte por la inmediatamente inferior, treinta años y un día.

En Juventud Combativa lo ven claro: «Lo que le convirtió en uno de los grandes poetas de nuestra historia es que, detrás de cada verso, detrás de cada línea de su poesía, había una declaración de guerra contra los enemigos de España. Plantaba cara a los señoritos, a los parásitos que solamente hablan de la patria para aprovecharse de ella y saquearla», explica un portavoz del grupo, palabras indistinguibles de la retórica de Jose Antonio.

«Abrazado a tu cuerpo como el tronco a su tierra, /con todas las raíces y todos los corajes,/ ¿quién me separará, me arrancará de ti, madre?», escribía Hernández. ¿Qué izquierdista actual podría recitar en público un poema titulado «Madre España»? ¿Qué falangista no lo haría suyo?

La nostalgia por Falange siempre vuelve. José Antonio es uno de los grandes mitos antisistema de la historia de nuestro país. En la última novela de De Prada, el

protagonista le espeta lo siguiente al liberal Gregorio Marañón: «Y ustedes levantaron, en honor a su ideología rapaz, una montaña de pecados contra el pobre. Y esa mole de pecados se tuvo que lavar con sangre, inevitablemente. Ustedes inventaron a los comunistas, don Gregorio». Falange siempre se preocupó por los pobres, las derechas posteriores no tanto, así que con esta crisis permanente que vive nuestro país parece natural que resucite el interés en este movimiento que nunca se termina de morir del todo.

4

El pleito de Malagón

Fernando Valbuena para *A la intemperie*

Hará unos días coincidí en Alicante con Carlos Caballero. Carlos Caballero, para quien no lo sepa, es el historiador de referencia en torno a la División Azul. Decenas de libros sobre la 250 llevan su firma, incluido el último, “Voces de la División Azul”, obra monumental que viene a poner a disposición de los interesados en aquella gesta una ingente cantidad de interesantes testimonios. Coincidí con él en la presentación de un libro. En el turno de preguntas alguien mencionó lo de Malagón. Malagón es un pequeño pueblo de Ciudad Real en las lindes de Toledo con el que Carlos tiene apretados lazos familiares, circunstancia esta última que le llevó a tropezar con el llamado pleito de Malagón y a publicar en 2004 un artículo sobre un asunto que había permanecido olvidado para cuantos escribieron sobre José Antonio Primo de Rivera: el pleito de los campesinos de Malagón por la propiedad de sus tierras. Así que los presentes, como no podía ser de otra manera, pedimos a Carlos Caballero que nos ilustrara sobre el asunto. Y bien que lo hizo.



Que yo sepa de este asunto solo se han hecho eco el también historiador, amén de sacerdote, Ángel David Martín y José Antonio Martín Otín en su obra “El hombre al que Kipling dijo sí” publicada allá en 2005. El asunto tiene su miga en tanto que revela ciertos perfiles del carácter de José Antonio Primo de Rivera de enorme interés para entender su vida política posterior.

Todo se remonta a los viejos derechos feudales. La burguesía liberal, al llegar al poder en el siglo XIX, maniobró para conseguir la propiedad de las tierras desembarazándose de la extraña maraña de pactos que vinculaban a señores y vasallos. Tal ocurrió en Malagón, Fuente del Fresno y Porzuna. Las tierras del Ducado de Medinaceli pasaron a manos de

particulares sin atender a los derechos seculares de los campesinos que las cultivaban. El pleito estaba servido. Los agricultores acudieron a la Justicia en reclamación de la propiedad de lo que consideraban suyo. En su última instancia -en casación ante la Sala Primera del Tribunal Supremo- su abogado fue un muchacho de veinticuatro años llamado José Antonio. A este pipiolo en leyes primero le ofrecieron el pleito los señores pero acabó, sorprendentemente, defendiendo a los campesinos. En su brillante alegato final reclamó la atención de la Sala sobre el fondo moral del asunto, al tiempo que sostuvo que entre una posesión varias veces secular y un título advenedizo que se desentendía de los derechos de los campesinos, habría de ser aquella mucho más respetable. Y ganó. Es decir, ganaron los campesinos.

Aquello ocurrió en 1927, seis años antes de que José Antonio fundara FE y nueve antes de que fuera fusilado. Y ciertamente es un hecho significativo. Primero, obviamente, porque pone de manifiesto la pericia forense de este jovencísimo abogado. Y segundo porque, pudiendo escoger, escogió, no a los de su clase, sino a los campesinos.

El 23 de octubre de 1927 Malagón recibió en loor de multitudes a su joven y triunfante abogado. A su libertador. Unos cuatro mil malagoneros, la mayoría agricultores, blusones negros y azules, le vitorearon. Recorrieron el pueblo, celebraron un banquete en el Casino y luego se fueron a la Ermita del Cristo del Espíritu Santo, donde José Antonio, tras orar, se dirigió a los congregados en agradecimiento por las muestras de cariño recibidas. Aún hoy hay una calle en Malagón llamada Calle del Abogado José Antonio (aunque les pese a los partidarios de levantar más polvo del necesario).

5

José Antonio y la reconciliación

Antonio Rivero Taravillo para Diario de Sevilla

Hay términos que el tiempo ha ido cubriendo del polvo del desuso. Así, el terrible “piquete de fusilamiento”. Pero durante la Guerra Civil, así como después de esta, los piquetes de fusilamiento se emplearon y en no pocos casos sus víctimas fueron inocentes, o teñidos de culpabilidad solo por la mirada sucia de sus verdugos. El 20 de noviembre de 1936, hace hoy ochenta y ocho años, moría fusilado por uno de estos piquetes en la cárcel de Alicante el joven José Antonio Primo de Rivera.

Su muerte fue como tantas de aquellos meses, y en ambos territorios en los que se dividió España, el resultado de un falso juicio. Otros tuvieron menos fortuna (o más, según se mire, al abreviar el trance) y su juicio, si lo hubo, fue sumarísimo o directamente un paseo, una saca, un tiro en la nuca con la coreografía del odio y la vesania. La República, ya entonces cautiva del Frente Popular, quiso dar a la condena

la apariencia de legalidad, mueca que se podía haber ahorrado desde el momento en que sabemos que el jurado que emitió el veredicto estaba integrado en su totalidad por miembros de los partidos y sindicatos de ese Frente, enemigos acérrimos del reo. Una pantomima, en fin, sobre la que no merece la pena detenerse salvo para recordar que, por ella, José Antonio tiene la consideración de víctima de la Guerra Civil y no de vencedor de la contienda: no cabe contra él ninguna de las disposiciones de la Ley de Memoria Democrática.

Su caso fue uno más entre tantos asesinatos con coartada o sin ella, pero muy sonado, dado el magnetismo personal del ejecutado, la importancia sobrevenida de la Falange que fundara en 1933 (desbordada en 1936) y su condición de hijo del dictador Miguel Primo de



Rivera. Con su padre aparece retratado en una fotografía de 1929 recogida en el catálogo de la exposición Los Machado, retrato de familia, que se puede ver en Sevilla y luego pasará a Burgos y Madrid (curiosamente, capitales que fueron de la España nacional y la republicana durante la Guerra). En ella posa junto a Manuel y Antonio Machado, sobre los cuales ahora se reivindica la idea de concordia y se descarta la del supuesto enfrentamiento entre hermanos. Él mismo, en su conmovedor testamento político, declaró: “Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles”. Y trató en la medida de sus posibilidades de parar la guerra y crear un gobierno de concentración en que habría personalidades de un bando y otro. Su bonhomía no se le escapó a Zenobia Camprubí, quien en Puerto Rico se negó a estrechar la mano al juez instructor que lo había condenado por tenerla este manchada por la sangre de una muerte injusta.

Tres años después del fusilamiento, el cadáver fue trasladado a pie de Alicante a El Escorial en un cortejo fúnebre impresionante. Sobre aquellas jornadas ha escrito un libro importante Paco Cerdà, uno de los más celebrados escritores de no ficción actuales. Se titula Presentes (Alfaguara) y tiene, sobre algún pequeño error de poca monta, varias virtudes. En primer lugar, la gran fuerza del texto como tal, con una sabia administración de citas no reconocidas, pero sí reconocibles, insertas en los párrafos. En segundo, en lo que hace al alcance moral del libro, este no solo es un brillante ejercicio estilístico: apela por igual a partidarios y adversarios de José Antonio. Me atrevería a decir que, en general, a cualquiera que quiera acercarse con ojos limpios a aquel periodo.

Porque, dejando clara su postura ante los hechos (todo está muy documentado, y él no oculta sus simpatías republicanas), Cerdà alterna la crónica de aquellas enlutadas caminatas dando voz a los vencedores (hasta un grado que los pone a menudo en ridículo por aquella ampulosidad que pronto denunció Cunqueiro) con otros capítulos en los que narra la desgracia de numerosos vencidos y víctimas de la guerra y la represión durante esta y ya después. Los admiradores de José Antonio, de los que aún hay miles, leerán así muchos casos lastimosos ante los que no cabe volver la espalda, por más que fueran causados por gentes que no eran falangistas y que, de haberse atendido al mandato de Hedilla, segundo jefe nacional de la Falange enseguida defenestrado, jamás se habrían cometido. Por su parte, quienes miraran con comprensible animadversión al joven Primo de Rivera verán, gracias a la reproducción literal de sus ideas y discursos, que este no era el ogro que les han pintado. Hay aquí una brecha para la comprensión de unos y de otros. Eso es, hoy, mucho.

6

¿Fascismo a la española?

José Ignacio Moreno Gómez

Discúlpenme el profesor Payne y aquellos camaradas que usen este término sin mala intención y, acaso, grosso modo, sin pararse en muy profundas reflexiones; pero el término “fascismo a la española” que tan a la ligera usan unos y tan malintencionadamente usan otros para referirse a la Falange Española de José Antonio (subrayo: a la Falange Española de José Antonio Primo de Rivera y no a la de ningún otro) resulta tan huero como esa “democracia a la española” que preconizaba aquel tristísimo Arias Navarro de quien mis coetáneos guardarán memoria.

Recuerdo un pequeño bosque de encinas que frecuentaba en mi niñez. Fue una feliz ocurrencia de algún excéntrico, en la época de las repoblaciones forestales, recuperar en medio de tantos pinares esta otra especie arbórea tan característica de nuestro monte bajo autóctono. Cerca del lugar hay varios pinares, pero existe también este singular encinar. Y nadie, salvo algún atolondrado, nombra al referido espacio de monte con la palabra pinar. Es un pequeño y orgulloso bosquecillo cuyas vegetales raíces nos sirven para evocar otro tipo de raigambre más espiritual que la meramente arbórea aunque su sustrato sea igualmente terroso. Y fue realizado obedeciendo al mismo afán y sano propósito que los bellos pinares que lo circundan. Sirva el detalle geográfico anterior para ubicar, a modo de metáfora, la posición de esa Falange Española en medio del fenómeno de los fascismos. Es como un encinar nativo afirmándose orgulloso frente a bosques de otras especies.

Es de una obviedad perogrullesca señalar que la Falange nace a la sombra del fascismo italiano: la primera y efímera organización de Primo de Rivera, el Movimiento Español Sindicalista, añadía a su nombre la coletilla de Fascismo Español. Es notoria también la admiración, heredada de su padre, que José Antonio sentía por Benito Mussolini y la constante atención que desde la prensa falangista se dirigía a la Italia fascista. Hasta se recibió una modesta y temporal aportación monetaria para la propaganda de parte del fascismo italiano. Nada, sin embargo, comparable al apoyo armamentístico y entrenamiento militar que Mussolini dio al Requeté carlista, sin que ello autorice a nadie a considerar a la milicia tradicionalista como fascista.

Pero, partiendo de una actitud, concedámoslo, “fascista”, una actitud de búsqueda en la tradición propia, española, de instrumentos válidos para hacer frente a la crisis internacional de entreguerras –crisis que en España, por su neutralidad no tuvo ni parecidas repercusiones que en otras naciones europeas– y a la amenaza de la revolución bolchevique, José Antonio, y también Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo, atisbarán una doctrina (quizá

más de una, pues José Antonio y Ledesma cada vez se alejan más el uno del otro en el plano personal y también en el ideológico) con diferencias profundas respecto al fascismo italiano e incluso al conceptualizado como fascismo genérico. Sobre todo José Antonio, por su sincera y clara adscripción al pensamiento católico tradicional español así como por su formación de jurista; también por sus inquietudes intelectuales y sus orígenes aristocráticos y liberales (recuérdese que el marquesado de Estella fue una concesión a su tío abuelo en premio a expulsar a las fuerzas carlistas de esa ciudad navarra). Onésimo, por su procedencia del activismo católico (miembro activo de la Acción Católica y de la Asociación Nacional Católica de Propagandistas), disentía



claramente de muchos de los pilares de los fascismos. Así, entre la concepción del Estado de Ramiro, más hegeliana, y la concepción del Estado de José Antonio – propiamente católica–, Onésimo se decantaba claramente por esta última.

A estas alturas, a uno ni siquiera le incomoda que los analfabetos, los “progres” y los comunistas le tilden de fascista. Para un comunista, cualquiera que les lleve la contraria es un fascista. Honorable resulta significarse en este caso como fervoroso fascista. Algo más molesto, la verdad, es que te llamen “facha”, pues esto pudiera entenderse como sinónimo de esperpento. Y en lo esperpéntico gusta insistir a los enemigos, así como a algunos amigos de muy escaso sentido estético. Pero lo que resulta insufrible y dolorosamente punzante es que desde la propia trinchera surja el iluminado de turno y te anuncie con ínfulas proféticas que la Falange es “fascista”. Algo así como el atolondrado que no distingue entre encinares y pinares, pues lo básico para él es que se trata de árboles.

A ver si dejamos ya de darle vueltas al asunto: lo realmente destacable de la doctrina falangista es que “teniendo con el fascismo algunas coincidencias en puntos esenciales de valor universal”, sin embargo, fue perfilándose –y separándose– cada día más con caracteres peculiares. Y, como añadía el jefe falangista: “está segura de encontrar precisamente por ese camino sus posibilidades más fecundas”. Es en esas peculiaridades fecundas en las que José Antonio, habiendo depurado a su movimiento de personas nocivas, va profundizando cada vez más. Hasta que en su Cuaderno de Notas apunta varias conclusiones críticas, de una claridad definitiva e inequívoca.

Sentencia el fundador de Falange Española:

1ª) La falsa fundamentación religiosa del fascismo: “Quiere sustituir la religión por una idolatría”. En definitiva, reemplazar a Dios por el Estado.

2ª) La falsedad del supuesto anticapitalismo fascista: “No remueve la verdadera base: el capitalismo. Conserva la dualidad patrono-obrero, aunque agigantada en los sindicatos.”

3ª) El fascismo atenta contra la libertad profunda del hombre y destruye a la persona: “El fascismo es absorción del individuo por la colectividad. Consiguen grandes logros pero a costa de una quiebra interna.” Consideremos que escribe esto cuando el fascismo era una fuerza todavía pujante.

Hay una oposición de principios y de ética. Adolfo Muñoz Alonso argumentaba con precisión: “A José Antonio le han amarrado a la galera naufragada del fascismo.

Los adversarios, los enemigos y algunos entusiastas le han clavado el epíteto de fascista en el tajamar de su pensamiento político como un mascarón de proa".

La originalidad española de la Falange, aquella de la que se admiraba la nada sospechosa Rosa Chacel, está en la línea de nuestra tradición, ajena a cualquier mimetismo. De esta forma, Muñoz Alonso señala que aunque la Falange comparte y asume el criterio espiritualista y supuestamente trascendente de la persona proclamado por el fascismo, José Antonio lo concreta y dignifica con un entendimiento de libertad y con un sentido auténticamente religioso y cristiano. Mientras que en el fascismo el sujeto real de la libertad efectiva es el Estado, para la Falange es el individuo social. Mientras que el fascismo considera preceptiva la estrategia de la fuerza, la Falange la interpreta como último recurso. Mientras que el fascismo se estructura en base al corporativismo, la Falange se asienta sobre los sindicatos de trabajadores. Mientras el fascismo enarbola un matizado sentimiento racista, la Falange no discrimina entre orígenes y nacionalidades. La Falange se identifica con el fascismo en la búsqueda de la identidad nacional, pero rechaza el predominio de una clase -de cualquier clase- en la ejecución de ese objetivo misional. Para la Falange el Estado no pasa de ser un instrumento al servicio del hombre: del individuo –tan devaluado por el propio liberalismo, que pretendió ensalzarlo, como por el conato comunista– y de sus unidades naturales de convivencia. Rotundamente arremete José Antonio contra los pilares del fascismo italiano y del nacional socialismo alemán: Ni la patria ni la raza pueden ser considerados fines en sí mismos. Hay que buscar religiosamente un fin de unificación del mundo, a cuyo servicio puede ser la patria (entendida como Unidad de destino en lo Universal) un instrumento (otro instrumento más; nunca un absoluto). Es decir, el destino del hombre está marcado por un fin religioso de hermanamiento con otros hombres. Por ello tiene sentido ostentar, considerando el significado de unidad-universalidad que estos simbolizan, el haz de flechas de Isabel junto al yugo de Fernando. Y, si se quiere también, los fasces y el saludo romanos, pero dándoles el nuevo sentido cristiano: transmutando su paganismo en nuevo afán de hermandad y solidaridad; pues creemos en la radical unidad del género humano conforme a lo que nos enseñaron nuestros clásicos españoles. Un fin ¿Católico? Desde luego de sentido cristiano, concluye el fundador.

La Falange es española, antes que latina; y es tan peculiarmente hispana como el proyecto universal unificador y mestizo de nuestro pasado imperial. Tan inapropiado, y tan indecente su uso, es el término Latinoamérica como el de fascismo español. Confieso que ambas denominaciones me provocan idéntico dolor de tripas.

Mucho más cerca que de Mussolini o de Adolf Hitler, el pensamiento y la sensibilidad intelectual y política del último José Antonio se situaban en enorme proximidad al personalismo del ruso Nicolay Berdiaieff y al planteamiento político-económico del republicano-sindicalista francés Georges Valois (antiguo fascista que acabó enrolado en la Resistencia francesa al nazismo).

Y repetirán ahora algunos aquello de que José Antonio era un beaturrón meapilas. ¡Allá ellos! En nuestros días, tras el fracaso de la modernidad, impera el materialismo explícito e implícito. Hasta algunos de los que en la actualidad son admirados, y considerados como cercanos desde posiciones falangistas, manifiestan abiertamente ser ateos y materialistas. Parece perfectamente lícito fundamentarse en el ateísmo y el materialismo, y condenable y excluyente declarar que una posición política pueda estar abierta a Dios y cimentarse en un modelo trascendente de persona. Equivocados andamos: no se trata de reformular el Nacional-Catolicismo. La idea de persona que deriva de la propuesta cristiana puede ser también asumida por no creyentes. Se trataría, como exhortaba Benedicto XVI para quien carezca de Fe, *de vivere veluti si Deus daretur*, esto es, de vivir como si Dios existiera, dándole la vuelta al *etsi Deus non daretur* de Hugo Grocio que retomara Bonhoeffer. Las consecuencias han de ser muy diferentes según el modelo de hombre y de sociedad en que nos basemos.

Recuerdo, y espero que mis camaradas coetáneos lo recuerden también, cuando en los años de la Transición los falangistas que nos denominábamos “independientes” y los “auténticos” llamábamos –pecando algo de soberbia– fascistas a los miembros del llamado bunker franquista. Expresábamos con ello que los considerábamos anclados en su anterior inmovilismo, nostálgicos de un proyecto de autoritarismo personalista sin horizonte; y, por otro lado, en la práctica, dóciles ante el avance vigoroso del capitalismo. También rechazábamos el neofascismo de otras corrientes europeas, como la de Giorgio Almirante, aliado de Blas Piñar, con las que, acertadamente, no queríamos tener vinculación alguna.

Hoy día sigue habiendo mucho partidario del “fascismo a la española”, del europeísmo pagano de la Nueva Derecha, de las cruces celtas, de frentes y vanguardias más o menos hispanas, de neoramirismos xenófobos que espantarían al propio Ramiro Ledesma. Son los que se empeñan en negar lo más prometedor del pensamiento personalista de José Antonio; son los que quieren ocultarlo bajo un maquillaje esperpéntico; son los que reniegan de lo más prometedor de la doctrina propia para abundar en el fracaso de las doctrinas foráneas. Son los valiosísimos cómplices castizos de nuestros más cordiales enemigos.

Ayer, 20 de noviembre, se cumplió el 88 aniversario del fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera y el 49 del fallecimiento de Francisco Franco. Puesto que ninguna de ellas es efeméride redonda ni, por tanto, fecha proclive a la conmemoración, puede ser buen momento para una consideración sobre las relaciones entre estas dos figuras, unidas por el día de su muerte, pero mucho más por la historia.

Durante décadas, y en la medida en que el franquismo era hundido en las tinieblas, sin matiz, hasta hacer de aquel tiempo que tantos aún alcanzamos a vivir, en la primera juventud en mi caso, algo irreconocible, disparatado, muchos admiradores de José Antonio se han esforzado en extremar la distancia política, moral e intelectual de su héroe con el dictador. En principio es fácil mostrar las diferencias entre el joven, atractivo y brillante jurista, de refinados gustos intelectuales y hasta buen poeta ocasional, aristócrata de acusado talante social, modelo de caballero, injustamente ajusticiado, y el militarote poco agraciado y, además, taimado, lerdo y cruel que, nos aseguran, fue Franco. De ahí a señalar las fricciones que se habrían producido entre ellos, a asegurar que el Fundador hubiera sido un oponente del Caudillo (empleemos la terminología de la época) y pintar una España muy distinta en el caso de que José Antonio hubiera sobrevivido a la guerra, no hay más que un paso que muchos dan. Y sin embargo...



Da que pensar que los más próximos parientes y amigos de José Antonio fueran luego fervientes franquistas: su hermana Pilar, Raimundo Fernández-Cuesta – secretario general de Falange antes de la guerra–, Manuel Valdés Larrañaga –primer jefe del SEU–, Rafael Garcerán, su pasante y confidente, entre tantos otros. Manuel Hedilla y sus seguidores, con independencia de que algunos fueran activos falangistas desde el nacimiento del partido, no tenían ni de lejos esa posición junto al Jefe. ¿Cabe suponer un José Antonio radicalmente diferente después de 1939 a lo que fue su círculo más íntimo, las personas de su mayor confianza? ¿Fueron seducidas todas ellas por el fachoso, cruel, taimado y lerdo general al margen de los ideales y convicciones que representaba el amigo, el camarada, el hermano? Me cuesta creerlo. Las diferencias de temperamento, de gustos o estilo de vida entre José Antonio y Franco fueron evidentes. Pero no debiera olvidarse lo mucho que les unía.

El pasado mes de mayo el profesor Pablo de Lora publicó «Recordar es político (y jurídico). Una desmemoria democrática». No es sólo una reflexión sobre las memorias obligatorias dictadas desde el poder, sino una indagación sobre el destino de su abuelo paterno, Cecilio de Lora Ibáñez, de 34 años, capitán de Infantería retirado, asesinado el 28 de noviembre de 1936 en Paracuellos del Jarama, con una expedición de presos de la cárcel de San Antón. El 7 de noviembre, tres semanas antes del fusilamiento del abuelo de Pablo de Lora, había sido asesinado en ese mismo lugar mi tío abuelo Fermín Saleta Victoria, de 58 años, teniente coronel de caballería retirado, dentro de una expedición de la cárcel Modelo.

Paracuellos ha sido siempre en nuestras familias una cadena de preguntas sin respuesta. Fue el hallazgo de una de esas respuestas lo que me impulsó a indagar también, como Pablo de Lora, sobre este episodio en «¡Detengan Paracuellos!». Sorprendentemente, ese descubrimiento tiene relación con el destino de Fermín Saleta, pero también con el de Cecilio de Lora.

Siempre había pensado que mi tío abuelo Fermín fue detenido por milicianos arbitraria o aleatoriamente un mal día, por una coincidencia fatal. Por aquello de la represión «incontrolada» que a tantos ha convencido siempre.

Hasta que documenté un episodio del que ningún historiador había dado cuenta: a mediados de octubre de 1936 se ejecutó en Madrid durante cuatro noches seguidas una gran redada perfectamente planificada y organizada por el Ministerio de Gobernación, casa por casa, calle por calle, barrio por barrio, para detener a militares retirados, considerados una amenaza como potenciales «quintacolumnistas». Ahí fue cuando Fermín es detenido en su casa, en la noche del 15 de octubre, y Cecilio en la suya, la noche del 16.

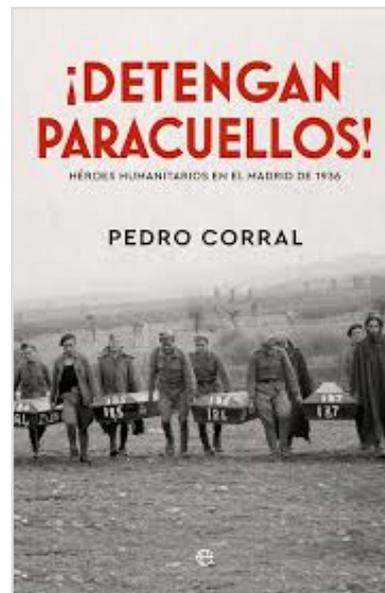
Y aquí entra el protagonista de mi libro sobre las masacres de Paracuellos: el pediatra suizo Georges Henny, de 29 años, llegado a Madrid, voluntario, como delegado de Cruz Roja Internacional.

El 23 de octubre, una semana después de la detención de Fermín y de Cecilio, sus superiores notifican a Henny que conceda prioridad a la seguridad de los presos de las cárceles ya que «por la próxima toma de Madrid corren el riesgo de ser masacrados». Alguien ha debido de advertir a Ginebra que la gran redada forma parte de un plan siniestro a punto de ser ejecutado. Un plan que no es fruto de ninguna improvisación, de ninguna decisión precipitada.

El 2 de noviembre, en nombre de Cruz Roja Internacional y del Cuerpo Diplomático, Henny escribe al jefe de gobierno socialista, Francisco Largo Caballero, para recordarle que los presos desafectos son prisioneros de guerra protegidos por las convenciones internacionales.

Largo Caballero responderá a Henny el 4 de noviembre con una evasiva, diciéndole que de la protección a los presos ya hablarán en otra ocasión. Tres días después, el 7 de noviembre, mientras los franquistas tratan de asaltar la capital, comienzan las primeras «expediciones negras», que se prolongarán hasta el día 3 de diciembre, con el asesinato de más de 2.500 presos, entre militares, religiosos, profesionales liberales, obreros, estudiantes...

Los días 15 y 16 de noviembre la Modelo es evacuada. Los nacionales han cruzado el Manzanares. Están a un tiro de fusil de la prisión. Henny visita la cárcel bajo un bombardeo de la aviación y la artillería franquistas para confirmar que se hace efectiva la evacuación de los presos. Además, consigue hacerse con las listas de los presos asesinados el 7 y el 8 de noviembre, lo que denunciará a Ginebra. En su lista 208 está trágicamente el nombre de Fermín Saleta, con el número 604.



También elabora Henny las listas de presos que están siendo trasladados a otras prisiones. En su lista 206, la de los evacuados a la cárcel de San Antón, figura esperanzadamente Cecilio de Lora, inscrito con el número 298, aunque ese día escribe una carta de despedida a su mujer, convencido de su destino. Este destino le saldrá definitivamente al encuentro el 28 de noviembre, cuando es conducido también a Paracuellos.

Las sacas serán finalmente suspendidas tras el segundo nombramiento de Melchor Rodríguez como responsable de las cárceles madrileñas. El «Ángel rojo» asume que los presos no combatientes son prisioneros de guerra protegidos por las convenciones internacionales, tal y como había reclamado Henny.

Su papel en la denuncia y paralización de las matanzas le va a costar caro a Henny. A principios de diciembre, ve su vida gravemente amenazada. Así lo dice en una carta a su hermana. Decide abandonar Madrid. El día 8 de diciembre despegue de Barajas en un avión de la embajada francesa. Pocos minutos más tarde, el aparato es derribado por un caza soviético de la aviación republicana, pilotado por un ruso.

Henny sobrevive al derribo con una bala incrustada en el gemelo derecho. El día 17 de diciembre sale de España para no volver nunca más, convencido de que el ataque aéreo iba dirigido a asesinarle.

Su biografía se difumina desde entonces en su discreta vida como médico en el municipio ginebrino de Grand-Lancy. Allí muere en 1991, con 84 años, coincidiendo con el derrumbe de la URSS. Quién sabe si por esta razón, caído el gran oso soviético, el doctor Henny pudo por fin vivir sin miedo a que pudieran ajustarle aún las cuentas por haber ido en su juventud a España a tratar de salvar a Cecilio de Lora y a Fermín Saleta, como a otros tantos miles de españoles, de las fauces de una guerra civil despiadada y brutal.

Dios le bendiga por ello siempre.

9

La gesta de las escuadrillas de la División Azul sobre el cielo más rojo

María Fidalgo Casares para El Debate

22 de junio de 1941. La Operación Barbarroja iniciaba la primera fase de la mayor guerra terrestre de la historia de la humanidad. El ejército alemán, la Wehrmacht, invadía la comunista Unión Soviética. El hecho provocó una intensa emoción en España pues muchos consideraban al comunismo el culpable del terror fratricida de la Guerra Civil. La Falange lanzaba entonces la idea de crear una unidad de voluntarios que poco después sería aprobada por Franco y el Consejo de Ministros. Dos días más tarde, Serrano Suñer se dirigía en Madrid a las masas falangistas y pronunciaba su famoso discurso «Rusia es culpable». Esta primera exhortación caló en muchos que consideraban que «tenían deudas pendientes» con los soviéticos, en aquellos que no habían podido ir al frente por ser demasiado jóvenes y sobre todo en miles de falangistas que sintieron que su honor e ideales anticomunistas les exigían estar allí en primera línea.

Casi 50.000 voluntarios se alistaban el primer día cuando se habían solicitado 18.000, lo que desbordó cualquier expectativa y que socava la indocumentada o torticera afirmación de que «fueron obligados». La que sería la 250ª División de Infantería la Wehrmacht se convertiría popularmente en la División Azul por el color de la camisa falangista que la mayoría de sus combatientes lucían bajo el uniforme. Una denominación que cristalizaría para la eternidad cuando su jefe, Muñoz Grandes, también la exhibió con orgullo.

A los pilotos españoles les movían las mismas razones que al resto de los voluntarios para luchar contra la Unión Soviética, pero el Ministerio del Aire tenía un

interés añadido: un plan de expansión para llegar a las 5.000 aeronaves. Luchar en la Luftwaffe, la mejor aviación del mundo, era una excelente oportunidad. Los aviadores y demás personal de tierra obtendrían valiosos conocimientos y estrecharían alianzas para la futura adquisición de aparatos. Por ello, se decidió enviar una serie de escuadrillas, que se irían relevando para que así la formación alcanzara al mayor número de pilotos posible. Debían representar con honor al Ejército del Aire español y demostrar a los alemanes su calidad como pilotos.

Junto a los oficiales, suboficiales y tropa, iba un cualificado personal de tierra: armeros, intendencia, mecánicos, conductores y el contingente sanitario –estudiado por Poyato Galán en la magna obra de referencia *Bajo el fuego y sobre el hielo*–. Los rasgos que los distinguieron fue una estrecha camaradería, una gran pasión por la aviación y un férreo compromiso con sus ideales que demostraron en el enorme espíritu de sacrificio que demostraron en el frente ruso.

Pronto fueron destinados al Frente Central. La Luftwaffe los agregaría inicialmente a una unidad de élite, al mando de Wolfram von Richthofen, primo del legendario Barón Rojo. Había sido el jefe de la Legión Cóndor en la guerra civil española, era viejo camarada de muchos de los aviadores de esta primera unidad. Le constaba de primera mano su pericia y valor en el combate. Se les asignaron los cazas Messerschmitt, los Focke-Wulf y algún que otro Henschel 123. Con ellos combatirían en algunas de las batallas míticas como el fallido asalto a Moscú (1941) o la épica batalla de Kursk (1943).



¿Y qué eligieron como emblema? Un españolísimo Vista, suerte y al toro que García Morato había usado para sus cazas: un círculo blanco bordeado en azul y tres aves: halcón, mirlo y avutarda. Los Messerschmitt Bf-109 fueron engalanados con el vistoso emblema ahora acompañado de un «II», al ser la segunda cruzada que emprendían los españoles contra el comunismo. Posteriormente incorporarían la Cruz de Santiago, patrón de España, símbolo de la tradición hispánica, los valores caballerescos y la cruzada contra el infiel.

Las escuadrillas, una vez incorporadas al frente, apoyaron a las fuerzas de vanguardia y sobre todo, asociados a divisiones Panzer, el avance de los carros de combate alemanes. El Comandante Muñoz fue uno de los artífices de la espectacular y

eficaz «cadena», hoy usada por todas las fuerzas aéreas del mundo en ataques al suelo. Muñoz mostró su valiosa pericia en incontables ocasiones, acompañado por sus camaradas, que debieron aprender o mejorar sobre la marcha esta arriesgada técnica. Una innovación española, no suficientemente reconocida de apoyo táctico a los carros de combate.

A los españoles se les asigna una zona de ingente extensión y gran peligrosidad. En ocasiones llegaron a derribar tres bombarderos en un mismo día. Pronto, el «general Invierno» hacía acto de presencia. El frío se acentuaba, las alas de los aviones amanecían cubiertas de hielo y debían picarse con punzones para que puedan entrar en servicio.

Con el paso de las semanas fue empeorando, 30 y 40 grados bajo cero. Esto imposibilitará arrancar los motores de los aparatos que, indefensos en tierra, debían soportar el ataque de los rusos. Especialmente emotivo fue la celebración del día de su patrona, la Virgen de Loreto, con las tropas españolas combatiendo pie a tierra el contraataque ruso con todos sus efectivos. En la misa de celebración el vino se helaba en el cáliz y debieron licuarlo al fuego de las velas...

El aeródromo de Kalinin, el más avanzado desde el que operaron, estaba situado en plena vanguardia del avance sobre Moscú; el rápido movimiento germano había provocado su distanciamiento del grueso de su ejército. Tenía que ser suplido por apoyo aéreo constante, bajo el continuo acoso y hostigamiento de los cazas y de las defensas antiaéreas rusas. Ello obligó a los españoles a permanecer en constante alerta. Aunque los rusos tenían aviones de dispar calidad y numerosos pilotos inexpertos, la comparativa era aplastantemente desigual: cuatro a uno a favor de los soviéticos.

Las misiones fueron cumplidas con éxito desde el primer día. Algunas misiones de ataque al suelo contra el fuego de batería ruso sobre Kalinin son encomendadas «expresamente» a los «veteranos españoles» por Richthofen.

En una de las posiciones más próximas a Moscú, sufrieron un potente contraataque de la infantería soviética que llegó a tomar uno de los campos donde estaban destinados, apoyada por manadas de blindados. Esto obligaría a los miembros de la escuadrilla a bajarse de los aviones o dejar las herramientas y tomar los fusiles, incluido el capellán y los sanitarios, porque los soviéticos se les echaban encima con sus potentes tanques. Estuvieron a punto de barrerlos, y se escaparon milagrosamente. Pero tuvieron la sangre fría de destruir antes sus propios aparatos para que no cayeran en manos enemigas, una costumbre heredada, cuando podían, de la guerra civil española.

Las condecoraciones irían siendo continuas: Cruces de Hierro (EK) de 1ª y 2ª clase, y en todas las graduaciones, como la del cabo Robustiano, que gana la EK de 2ª clase. La Cruz de Oro la ganó Salas Larrazábal. Aunque fue a Rusia siendo

comandante, es el que hizo más servicios de la Primera Escuadrilla: 70 ocasiones, una cifra espectacular. A los alemanes les deslumbró, porque en la Luftwaffe un aviador con su rango mandaba a sus pilotos... desde un despacho. Es decir, sin subirse a un caza. Sin embargo, como recuerda Daniel Ortega en su trepidante novela Cielo Rojo, Águilas Azules: «Ángel Salas inculcaría siempre la idea de ejemplaridad, de ir en primer lugar y del sacrificio constante».

De las cinco escuadrillas enviadas a Rusia, el balance presenta pocas pérdidas: 23 bajas de un total de 659 hombres. Algunos acabarían confinados en un gulag en el que pasaron diez años de cautiverio. Tras el fin de la guerra fueron repatriando a todos los extranjeros, incluido alemanes, pero no a los españoles. ¿La razón? El odio de Stalin por haber sido derrotado en la guerra civil española y la presión de los comunistas españoles como Dolores Ibarruri, la Pasionaria, para que no fueran liberados. Al fin, el contingente de divisionarios regresó tras arduas gestiones en el barco Semiramis en 1953, como relata magistralmente Francisco Torres en Cautivos en Rusia.

El régimen franquista ofreció también la posibilidad a los aviadores republicanos de poder regresar con ellos y así lo hicieron.

El balance y el promedio de derribo de las escuadrillas españolas se posiciona entre los más altos de la historia de la aviación: 5.086 misiones de vuelo, 4.944 servicios de guerra y 611 combates. Intensas refriegas aéreas y 163 derribos de aviones soviéticos. Los pilotos ascenderían por méritos de guerra, 26 llegarían al generalato y obtendrían 16 Medallas Militares Individuales, el segundo galardón de las fuerzas armadas, tras la Cruz Laureada de San Fernando. Uno de ellos, el comandante Demetrio Zorita, más tarde, haría historia siendo el primer español que superó la barrera del sonido en 1954.

En la valoración de su desempeño militar y moral debería dejarse claro que los combatientes de la División Azul, juraron lealtad al fñhrer exclusivamente en «su lucha contra el comunismo». Solo combatirían en la Unión Soviética y en ningún otro frente. Combatieron del lado de Alemania, pero su propósito era muy claro: el anticomunismo, íntimamente ligado a la defensa del cristianismo. De hecho, en los famosos juicios de Núremberg no se encontró ni una sola actuación española de ser juzgada por crímenes de guerra. Al revés, se destacaron en su empatía y ayuda a la población rusa y judía.

También debería matizarse que cuando se les estigmatiza por haber luchado junto a Hitler, no se desvela que pero entonces el mundo occidental ignoraba la magnitud de sus actuaciones, y sin embargo, sí conocía fehacientemente las decenas de millones de muertos del comunismo contra el que combatían los divisionarios.

Los españoles se batieron con fiereza en el frente de Moscú, contra la fuerza aérea más numerosa hasta entonces conocida. Una cruzada en el aire contra el

comunismo en el teatro de operaciones más salvaje que ha conocido la humanidad, donde la extensión de las trincheras y los campos de batalla alcanzaba millares de kilómetros castigados por una meteorología implacable.

Las Escuadrillas Azules, volando en los mejores aviones de su tiempo, escribían una gloriosa página de nuestra historia militar. Y, aunque cuestionados ideológicamente por parte de la historiografía, fueron probablemente como el resto de sus camaradas divisionarios: los últimos héroes de nuestra historia bélica. Unos valientes del aire, como reza su himno, espoleados para combatir por una mística misión en Rusia: «al cielo vacío llevar a Dios».

10

Madre España

Miguel Hernández

Abrazado a tu cuerpo como el tronco a su tierra,
con todas las raíces y todos los corajes,
¿quién me separará, me arrancará de ti,
madre?

Abrazado a tu vientre, ¿quién me lo quitará,
si su fondo titánico da principio a mi carne?
abrazado a tu vientre, que es mi perpetua casa,
¡nadie!

Madre: abismo de siempre, tierra de siempre: entrañas
donde desembocando se unen todas las sangres:
donde todos los huesos caídos se levantan:
madre.

Decir madre es decir tierra que me ha parido;
es decir a los muertos: hermanos, levantarse;
es sentir en la boca y escuchar bajo el suelo
sangre.

La otra madre es un puente, nada más, de tus ríos.
El otro pecho es una burbuja de tus mares.
Tú eres la madre entera con todo su infinito,
madre.

Tierra: tierra en la boca, y en el alma, y en todo.
Tierra que voy comiendo, que al fin ha de tragarme.
Con más fuerza que antes, volverás a parirme,
madre.

Cuando sobre tu cuerpo sea una leve huella,
volverás a parirme con más fuerza que antes.
Cuando un hijo es un hijo, vive y muere gritando:
¡madre!

Hermanos: defendamos su vientre acometido,
hacia donde los grajos crecen de todas partes,
pues, para que las malas alas vuelen, aún quedan
aires.

Echad a las orillas de vuestro corazón
el sentimiento en límites, los efectos parciales.
Son pequeñas historias al lado de ella, siempre
grande.

Una fotografía y un pedazo de tierra,
una carta y un monte son a veces iguales.
Hoy eres tú la hierba que crece sobre todo,
madre.

Familia de esta tierra que nos funde en la luz,
los más oscuros muertos pugnan por levantarse,
fundirse con nosotros y salvar la primera
madre.

España, piedra estoica que se abrió en dos pedazos
de dolor y de piedra profunda para darme:
no me separarán de tus altas entrañas,
madre.

Además de morir por ti, pido una cosa:
que la mujer y el hijo que tengo, cuando pasen,
vayan hasta el rincón que habite de tu vientre,
madre.

Miguel Hernández

De: «Poemas sociales de guerra y muerte»

Recogido en Miguel Hernández – Obra Completa I. Ed. Espasa – Clásicos

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com